CR
863.6
G643h

Nº 6

El Hijo de un Gamonal

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

N. 8710
Claudio González Rucavado, 1878-1928

EL HIJO DE UN GAMONAL

(NOVELA COSTARRICENSE)

Bibl. Nal. C. R.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE
PADRÓN Y PUJOL
1901

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

GAMONAL [1]

La significación castellana de este vocablo es "tierra donde se crían ciertas hierbas medicinales llamadas gamones."

Pero los gamonales *de Colombia y de Costa Rica, aunque no crían plantas, las echan ó pueden echarlas, prevaliéndose de la superioridad que dan la posición y el dinero. Dejando los juegos de vocablos, diremos que* gamonal *significa en los dos países mencionados,* cacique, magnate, persona influyente.—"*La dignidad de* cacique *que yo creía cosa de broma, es cosa harto seria. Mi padre es el* cacique *del lugar.*" (J. Valera, "Pepita Jiménez.")

(1)—Tomada del Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica por Carlos Gagini.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

EL HIJO DE UN GAMONAL

I

DICIEMBRE....! Por allá, tiritando de frío, llega cubierto de blanca indumentaria. Por acá, en el trópico, pone en fuga las lluvias y solea la tierra: tiempo seco y delicioso.

Desde que rompen los Nortes, locas las nubes se empujan en el espacio como gasas grises ó blancas que se recogen ó se sueltan en mil caprichosos pliegues; se agigantan, se esfuman y resbalan apelotonadas hácia el sur para posarse sobre la cadena azul de las montañas. El cielo, así barrido, se pone terso como inmensa bóveda de espejo. El sol resplandece con su luz de vida y festonea las calles colgando por un lado un paño de oro de tejas abajo, hasta la mitad de la vía; por el otro, un paño oscuro extendido hasta jun-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tarse con el de oro.

El viento zumba, silba, canta; pasa rápido por las calles en contínuo carnaval, volando sombreros, ciñendo trajes, arrojando polvo como turbonadas de confetti; cierra ventanas, hace retemblar vidrios, golpea puertas y canta su canción lúgubre entre los árboles del parque.

Huele á portales, á arbolitos y á juguetes nuevos. Se escuchan ruidos de mogiganga, greguería de toros, tintineo de botellas, batir de *churucos* y golpes secos de palos; y el aire fresco al respirarlo parece que supiera á confites de clavos ó de semillas de *chiverre*. Todo respira alegría; se siente el hervor de la vida.

II

Carlos Gómez entró disparado como rehilete en el hotel, encarnado aún por la emoción, irritado por el trabajo y el calor de la sala, pero más alegre que granuja en día de gran feria. Sus tres amigos fumaban al rededor de una negra mesa de mármol, charlando sobre política ó acerca de sus exámenes, con demostraciones tan palpables de gozo, que revelaban á distancia un humor envidiable. Cuando vieron entrar á Carlos, á úna, pusiéronse los tres de pie, con es-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

trépito de sillas, recibiéndole con cariñosas palmadas en los omoplatos y efusivos apretones de manos. Convertidos en un interrogatorio, los estudiantes ocuparon la misma mesa.

Eran novicios bachilleres. El recién llegado cabalmente venía de terminar su examen. Sus buenos amigos, Luis Aldón, de unos diecinueve años, bien parecido, por más que era algo narigudo y canijo; Julio Ruiz, con hasta veinte, de bigotillo negro, tipo galán; y Manuel Velar, habían salido en la mañana con idéntico éxito al de que podía ufanarse Carlos Gómez, joven gentil de pálido rostro y negros ojos orlados por una ojera azul.

¡Qué fortuna! El tribunal examinador no había sido tan exigente como se lo temían en un principio.

—¡Oh, siempre los exámenes, la eterna pesadilla de los estudiantes! exclamó Carlos. Yo quisiera ver el día en que se prescinda de ellos. He observado que muchas veces son perjudiciales á la salud y á la selección de los hombres que deben dedicarse por sus ingénitas dotes á hacer caminar el organismo social en las vías del progreso. Que concurran cuantos jóvenes ú hombres quieran á recibir la educación, por propia voluntad, sin obligatorias leyes de enseñanza. Nadie permanece gustoso allí, donde no se halla bien; así, pues, no permanecerán los concurrentes en las aulas cuando no satisfagan su sér con las lecciones de las cátedras. Y poco á poco se practicaría un a

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

selección, no quedando al rededor de los maestros sino los individuos verdaderamente aptos para profundizar el estudio. Los otros tornarían á las faenas apropiadas á su constitución. Sería una manera natural de no quitar á ningún ramo de la labor humana fuerzas que le corresponden. Establecida la libertad de enseñanza en las bases supradichas ¿ qué necesidad de exámenes habría ? Además, la vida entera del hombre ante sus semejantes ¿ no es un perpetuo examen? Cada uno se esfuerza en superar y lucir sus actos, porque el hombre se ocupa constantemente del hombre y le conviene saber cuáles de sus semejantes están mejor constituídos para esto ó para aquello. Un abogado ha concluído su carrera con los mejores exámenes, y es común ver cómo yerra en la práctica de la profesión, lo que prueba que los exámenes no son el termómetro para determinar la aptitud individual del que pretende título.

—¿Con que somos ya bachilleres hechos y derechos!—exclamó Julio Ruiz rebosando satisfacción.

—Dices bien, más derechos que otra cosa, pues si la suerte no nos sonríe, sabe Dios si á estas horas estaríamos cantando victoria, replicó Carlos Gómez, reponiéndose apenas del tremendo susto que el bachillerato le había hecho entrar hasta la médula de los huesos.

—¿ Y quedó alguno en el banquillo cuando tú te viniste ? (Banquillo llamaba Luis Aldón el asiento del examinando.)

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—No, contestó Carlos, fui el último que fusiló el tribunal.

La adquisición de los respectivos títulos no se había de pasar en seco. Manuel Velar, joven acomodado por las pingües rentas que su padre percibía, quiso obsequiar con una comida á sus tres condiscípulos, en festejo de tan célebre fecha.

Un criado del hotel les llamó, y en pos de él entraron en un salón donde había una docena de mesas apercibidas para los pensionistas, y los extraños que suelen comer hoy en una parte, mañana en otra. Como había poca gente se les sirvió con presteza. Allí sendas botellas de Chablis. ¡Imposible que en una zahora fuese á menospreciarse el vino!

En el laboratorio, alguna vez, habían analizado vinos y licores de los que consume el país con ó sin examen del Instituto de Higiene, y ganaron la convicción de que tan lujosas botellas, con sus marbetes de colores, enfiladas como soldados en las estanterías de los almacenes, no contenían sino una serie de venenos, preconizados como grandes alimentos. Y que el color de rosa de las mejillas, que ostentan los bebedores, se debe al relajamiento de los vasos sanguíneos, que los nervios permiten por laxación. Pero queriendo romper con el prudente metodismo, aunque sólo fuese por esta vez, los estudiantes pasaron á hacer derroche general de expansiones y á cometer excesos á costa de las bebidas

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

alcohólicas.

Tomaron, pues, un bitter para principiar y la emprendieron con la sopa, atravesándose apenas palabra entre cucharada y saboreo. El sirviente, presuroso, levantó los platos, destapó las botellas y llenó las copas. Interin venía el segundo plato, hablóse de la prosperidad, de la amistad, del gobierno, de viajes, y creció una charla ensordecedora. Las mejillas de los comensales encendiéronse en vivo grana; los ojos se les pusieron vidriosos y cogieron un bailoteo entre las órbitas como si tuviesen chiribitas.

Julio bebía como cacharro sin fondo y empezó á charlatanear filosofías:

—Pudiera ser que mi inteligencia no viese ya claro, pero me figuro que tánto estudio, tánto trabajo por parte de los sabios no ha servido sino para comprobar la impotencia humana ante el mundo. Los credos se desvanecen ante la exégesis, esa es la verdad; pero acaso las ciencias positivas nos han dado una síntesis de la explicación del universo que satisfaga plenamente la curiosidad intelectual? Yo creo que si las religiones, la ciencia, no ofrecen asidero á nuestros desfallecimientos en el mundo, se debe al orgullo humano; yo vuelvo los ojos á la religión de mis padres: algo de verdad debe tener en el fondo cuando los siglos á pesar de sus rudas batallas la han consagrado. Cuanto más estudiamos tanto más nos roe la duda; no seamos curiosos, no nos mortifique-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

mos por propia culpa.... Lo malo es que el ansia de saber.....

—Del beber, interrumpió Carlos con burlona sonrisa, pensando en el atavismo y en la pereza intelectual de los que prefieren admitir ciegamente un dogma á entrar en análisis de una teoría.

Julio, sin reparar en la burla de su compañero, continuó su crítica:

—Además, del cerebro de los sabios salen las ideas en forma de teorías, hipótesis y la mar de espectros, que nos alegran porque creemos tener ya con eso la clave de la existencia. ¡Ilusión, sombras! He ahí las bases de nuestro saber de actualidad. Sólo sabemos que nada sabemos.

Carlos engullía un pastelillo sin dejar ese pliegue de los labios que traduce una sonrisa de sarcasmo ó de persona que se da importancia, y tiró otra frase.

—Ya lo creo, fuera de la máxima ajena, tú no ves, porque al comienzo no más, el vino te ha puesto telarañas en los ojos. Pero hablaba tan quedo, que sólo Luis le oyó, y celebró la zumba.

Manuel Velar, que se llevaba á los labios la copa de vino y ponía atención al discurso de Ruiz, queriendo ser guasón, dijo:

—Cuando hasta al sonido le descubrieron sombra, no tardarán en hallarle esqueleto.

Julio seguía con sus declamaciones filosóficas, asegurando que él no veía claro ya. Que los sabios andaban á la greña

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

en punto de altas especulaciones metafísicas y que el positivismo iba á menos. Carlos, que no quería escuchar más dislates, le llamó al orden de esta guisa:

—Vamos, Ruiz, tú siempre has estado á oscuras, qué quieres ver? Menos ahora. Tú debiste haberte metido fraile. Los comensales soltaron una estruendosa carcajada. Julio, aunque conocedor del carácter de su amigo, se sintió incomodado.

Gómez, que apenas había probado el Chablis, continuó:

—Dejémonos de tinieblas. Ese caos es efecto de la imaginación avinada. Hablemos de otra cosa más amena, no de tintas negras en el agonizante positivismo, que me da risa. Oigasenos decir de lo futuro, escúchesenos loables aspiraciones, entreveamos brillante porvenir aunque sólo sea en nuestra fogosa imaginación. Que más tarde hayamos de recibir costalazos, no implica el que desde ahora entremos llorosos: risueños avancemos en la vida nueva de hombres.

¡Bravo, bravo! Dijeron por lo bajo Luis y Manuel. Julio aun estaba serio.

—¡Eso es hablar! ¡Otro, otro, Gómez!

Al mismo tiempo, Luis sacó una cartera de su bolsillo de pecho y comenzó á tomar notas rápidamente.

—Ya que desean oírme, empezaré por hacer un programa. Pienso pasar aquí un año, descansando de las tareas escolares; luego me iré á Londres, al Guy's

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Hospital, en donde estudiaré medicina. Concluída mi carrera volveré á mi terruco á establecer una clínica y á casarme. ¡Tú, Julillo, qué vas á emprender? preguntóle con melíflua habla como para darle pública satisfacción por sus chanzas. Y como Luis no le guardaba rencor alguno, porque quería de verdad á Carlos, se apresuró á contestar:

—Yo espero la entrega que de mi herencia habrán de hacerme muy pronto. Soy mayor de edad y desde que se casó mi hermana y se llevó consigo á Lily mi otra hermanita, he resuelto alquilar una hermosa pieza, que pongo de antemano á la orden de ustedes. Creo que atenido á mi hijuela no me hace falta estudiar más: son cincuenta mil pesos.... Y se llenó la boca citando la suma.

Inmediatamente fue interrumpido por Carlos:

—¡Qué hombrecito para exagerar! Echando cálculos en días pasados, y luego con la hijuela á la vista, vi que tu herencia difícilmente ascendía á treinta mil pesos.

—Bueno, que sean treinta mil. Treinta mil pesos que, como soy tan atolondrado....

—Unica vez que has dicho una verdad como un templo.

—¿Me dejarás concluír, Carlos? díjole irritado Julio.

Sonriendo, Gómez hizo una señal de asentimiento con la cabeza para que su amigo concluyera.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Julio prosiguió:

—Pierdo en un abrir y cerrar de ojos todo mi caudal. En esta previsión me marcharé á Poukeepsie á estudiar comercio y á mejorar la letra.

—Por de contado que también llegarás á hacer prodigios en el vestir y traerés cuellos como puños, corbatas chillonas de formas extravagantes y una colección de americanas *chic*, dijo Carlos.

Volvió Julio la cabeza con gran majestad. La punta del cuello le arrugó la piel de la garganta y le formó como una papada. Miró gravemente á Carlos y no dijo palabra.

Manuel Velar le preguntó á Ruiz cuándo haría el viaje, y le contestó que de un momento á otro, que el día menos pensado, sin despedirse de nadie; que sólo esperaba carta de su tío establecido desde hacía fecha en Washington.

—Bien, dijo Manuel, tenemos un médico que á juzgar por lo presente, será un gran profesor; un comerciante, quizá futuro banquero. Ahora viene un jurisconsulto: ese seré yo, que me matricularé en la Escuela de Derecho.

—¿ Entonces te quedas en la Capital; y la familia ? preguntó Carlos.

—La familia me la traeré de Bejuco. Tengo entre manos el proyecto de que mi hermana sea maestra elemental de alguna escuela de San José. Y para concluír se dirigió á su compañero más cercano, que apenas había desplegado los labios:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿ Y tú, Luis, qué piensas hacer ?

—Lo que tú, estudiar leyes; sin abandonar por eso la pluma.

—Sí, ya veo, hace más de una hora que tomas notas. De seguro, si no cejas, llegarás á ser un Daudet, un Pereda, un Palacio Valdés, un Maupassant ó quizás un Zola ó un Benito Pérez Galdós. Todos rieron estrepitosamente con lujo de aspavientos, alzando los brazos para un nuevo brindis. El buen humor rayaba en entusiasmo; y con aquella nueva copa se armó una algarabía más grande.

Julio Ruiz, trabajosamente se puso de pie para pronunciar unas cuantas palabras.

—¡ Eh, muchachos, va por nosotros !

—Vamos, Luis, escritor de notas, no guardes el lápiz, ahora es tiempo de que no se te escurra palabra del brindis, dijo Gómez codeando á su compañero, al mismo tiempo que aplaudía y se animaba con los otros.

Ruiz contestó :

—Brindo porque se colmen nuestras justas ambiciones, por las mujeres más lindas, por unas felices vacaciones y por la esplendidez del amigo Manuel Velar.

Apuróse el vino, y dando Manuel recio golpe en la mesa con su vaso ya vacío, se dirigió á los comensales, extraviados los ojos y los labios balbucientes.

—Señores, ¿ en dónde piensan ustedes pasar las vacaciones ?

Los muchachos no respondieron al pronto; pero luégo uno dijo : —Yo no sal-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

dré de la ciudad; y los otros agregaron:

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Entonces me tomo la libertad de invitarles á que pasen unos días conmigo y los míos, en mi pueblo.

Aceptado el convite, adiaron un sábado para hacer el viaje. Carlos, arrojando de un papirotazo la punta del cigarrillo, se levantó repentinamente diciendo:

—¿ Nos vamos ? Es tarde.

—Los compañeros le siguieron, y cubierta la cuenta, los cuatro jóvenes, de bracete y meciéndose como un barco en alta mar, abandonaron el comedor con la sana intención cada cual de encaminarse á su domicilio. En la puerta del hotel, se despidieron y Manuel Velar arrumbó á su casa, diciendo:

—Voy á escribir á mi familia... Echando esta misma noche en el correo la carta, seguro se irá mañana en el tren de las siete.

Ruiz casi no podía andar solo, por lo cual, los dos que habían bebido menos, Gómez y Aldón, le llevaron hasta la casa. Y allí, una vez á buen recaudo en su habitación, bien atrancado para que no saliese, los dos amigos se despidieron.

Luis, al decir adiós á Carlos, extremamente alegre, con el entusiasmo de un novel escritor, le sopló al oído:

—¡ Qué buen capítulo el de esta noche, para mi novela ! Entonces Carlos lo retuvo por la mano y le dijo entre serio y burlón:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Anda á dormir, que buena falta te hace. Deja un instante siquiera de pensar en la literatura; y se marchó riendo á carcajadas, calle arriba.

III

Una carta lacónica, malísimamente redactada y con peor letra. Claro, si no estaba para prodigios.

Levantó la pluma, hizo una ligera mueca de desdén, como quien dice: esto basta; y sin agregados cerró la cubierta y escribió la dirección con cuatro mayúsculas muy rasgueadas:

Señor don Pantaleón Velar

Bejuco

Limpió la pluma, se quitó la visera, guardó la carta entre sus papeles, retiró un poco el quinqué para que la luz no le mortificase, y cruzando los brazos sobre la mesa, hundió la cara entre ellos, revolviendo un montón de ideas acerca de su más ó menos descifrable futuro.

Pocas vías que llevasen á la meta de sus desenfrenadas ambiciones le ofrecía el porvenir. Diáfano como un viril se le presentaba unas veces; oscuro como el plumaje del *tijo*, otras. ¡Qué hacer; qué pasos dar; qué camino emprender? ¿Se

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

marcharía á su pueblo para dedicarse allá á la labranza y á la tranquila vida patriarcal que desborda salud y alarga la existencia? ¿Seguiría á su padre, el ignorante y buen viejo que se había desvivido por hacerle sabio, rico y poderoso? Nó, era necesario continuar estudiando á fin de dar gusto al anciano que tenía forjadas tantas esperanzas como hojas visten el ramaje de las frondas. Pero bien, era eso nada menos que engañarle. ¡Había perdido tanto tiempo! Además de que el hijo de un rudo campesino que nunca conociera otra ciencia que la de cortar corpulentos cedros y resistentes *guachipilines*, sembrar caña, cultivar café, y rezar el trisagio y otras preces, no podría ser todo lo que el honrado anciano pretendía. Y no era cosa de que llegara al pueblucho:

—Padre, aquí me tiene. No estudio más porque yo no sirvo para esas cosas.

¡Pobre padre! Las ilusiones nada cuestan al nacer, y al morir suelen rasgar el corazón. Más convenía que el anciano viese á su hijo seguir la senda que le trazó.

Como muchos, que no pueden comprender que cada uno trabaje en su esfera, pacientemente, sin mirar cuál ha hecho más y á quién se aventaja, llegó Manuel á pensar que realmente el saber hace desgraciados á hombres que, sin ser muy favorecidos por natura, se les despiertan ambiciones y envidias no para dichas.

Pero la ignorancia labra nuestra des-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

dicha, nos deja inermes para la lucha, á merced del que sepa, á merced de los fenómenos naturales; y da cabida á supersticiones que no consuelan, al contrario, hacen más agitados y medrosos nuestros días, con futuros horribles, tortura de la existencia.

Y hay gran satisfacción en ver, admirar y comprender. Al sentir rebozar la vida bella, contemplando una brizna arrastrada por una hormiga, un hilo de sol tejido entre la yerba, y tantas cosas menudas que llevan á la gran contemplación, se puede exclamar con Renán: "Es bueno vivir, y el primer deber del hombre para con el infinito de que ha salido es el reconocimiento." ¿ Pero sólo el sabio podrá proferir exclamaciones así ? No, el hombre conforme puede también. Nuestra imaginación loca se encumbra é ideamos una vida que casi siempre es imposible realizar. No pretendamos que los hechos se acomoden á la caprichosa fantasía, sino tratemos de adaptarnos á las cosas como van siendo y como son. Siempre que busquemos felicidad fuera de nosotros, no la encontraremos: ella está en nosotros mismos.

Para la carrera que iba á seguir debía de tener un guía cierto: su vocación. ¿ Cuál era ésta ? Manuel lo ignoraba; y eso que en el país no hay mucho donde escoger. Por lo pronto no recordaba sino tres que llevasen á un fin no desfavorable, si la persona es avisada. ¿ Medicina ? Nada de lo que le habían ense-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ñado dábale idea exacta de lo que podrían ser tales estudios. Quizá ya en el extranjero, metido en la facultad, renegaría. ¿ Ingeniería ? No era mala ocurrencia, sobre todo en un tiempo en que en el país nacía gran impulso material: planes de costosas construcciones, de ferrocarriles y tranvías. Mas ¿ quién le aseguraba ocupación en esas empresas generalmente á cargo de extranjeros y donde la retribución del trabajo estaba, por otra parte, muy limitada ?

—Dejemos esas profesiones problemáticas, admitamos sin discusión el Derecho. Así lo dije ayer á los muchachos. El Derecho es el único que promete, usando de audacia y petulancia. Se utiliza inmediatamente que se adquiere y ¿ quién sabe... Mañana un Ministerio... ó talvez....hasta Presidente!

Levantó la cabeza, se acomodó en la silla y murmuró:

—Leyes, estudiar leyes es lo conveniente.

Hecha la elección de la carrera, Manuel se levantó de su asiento y tiró á la calle para dejar la carta en el buzón del correo.

Era ya muy tarde de la noche.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

IV

Es lo cierto que Manuel nació, como consta de los registros parroquiales, en el pueblo montañés llamado Bejuco, cuyo camino carretero, á trechos pedregoso, con aspecto de cielo aborregado, partía la férrea línea estirándose hasta la Capital.

Tuvo por madre á *ña* Ramona Barboza y por padre á *ñor* Pantaleón Velar. El día en que nació, hubo, á más de sus tatas, quien le esperase y recibiera con gozosa y explicable novedad: su hermano mayor, un mocoso, camisa chorreada, de unos cinco años, que estaba en un craso error creyendo que el recién nacido, apenas dado á luz, iba á saltar del camastro para unírsele é ir ambos por esos caminos de Dios á hacer fechorías. ¡Qué desencanto! Pero la mamá tenía la culpa. ¿Pues no le había dicho que muy pronto le pondría la Virgen un compañero, hermanito, para que jugaran juntos?

Grandecito, Manuel se reveló como un insoportable galopín, que dejó atrás á Goyo, el dundo de su hermano, inútil casi para todo.

Como hijo de católico gamonal, lo primero que á Manuel llamó la atención fue

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

el patio de la sacristía, donde los muchachos del lugar, antes y después de la *explicación*, jugaban al toro; y en las *choclas*, *guápiles* de café, *ojos de buey* y jaboncillos. Más adelante, el púrpura y oro de las estolas y dalmáticas fueron un incentivo grande que le hizo meterse monaguillo por andar con las investiduras sacerdotales, con el acetre y con el hisopo aspergiendo agua bendita; y sobre todo para atronar los ámbitos del recinto de la iglesia, con la campanilla de oficiar. Ya deseaba ser campanero, por subirse á la torre y echar á vuelo los sagrados bronces; á lo que sus padres se opusieron rotundamente de temor á la fogosidad infantil. Y luego que aquella vieja torre, del tiempo de la colonización española, de mechinales enmontados y con los refuerzos del pie metidos entre bledos y un apeñuscamiento de pedregones, recordaba con su campana nueva el fatal lance de Rosita, la chiquilla de Juana la antigua lavandera. Motivo por el cual el campanario estaba vedado á casi toda la *chamusquina* (1) bejuqueña.

En fin, para el muchacho, estar empleado sacristía adentro, era una ganga: no perder misa solemne, lograr de cuando en vez uno que otro *chingaste* de las vinajeras, marearse con el incienso, ó bien marchar con la cruz alta ó algún cirial, viendo mejor que nadie las procesiones; y del respeto con que los seglares mira-

(1)—Chiquillería bulliciosa.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ban á la servidumbre de la morada de Dios, en traje de carácter, algo le correspondía. ¡Ah, eran muchas las gangas que reportaba el ser acólito!

Los cuatro latinajos que el Cura le incrustó en la memoria para ponerle á su servicio, abrieron al demonio de la curiosidad sus puertas; y vinieron entonces al chiquillo ansias infinitas de averiguar qué significarían aquellas palabrotas raras. Sucedióle que probado que hubo por mera curiosidad lo que era el saber, le entraron deseos tan grandes de estudiar, que dio al traste con la sacristía, y aborreció de muerte todo oficio rústico al cual sus padres quisieron dedicarle.

¡Una profesión quería el muchacho!

Ante tan laudable decisión, el Cura de la Parroquia, único capaz de apreciar los afanes del que era su ayudante, se encargó él mismo de aprovechar y satisfacer los caprichos del muchacho, acordándose aunque católico romano, de aquel lindo proverbio del maestro de la exégesis bíblica: "Es el corazón humano cual la piedra de un molino: si ponéis debajo trigo, lo muele y campia en harina; si no ponéis el grano, muele siempre y se pulveriza ella misma."

Manuel no asistió á la escuela pública; recibió clases de lectura, escritura y rezo en la casa cural. Sus padres, en lugar de oponerse y clamar contra dos brazos perdidos para el machete y la pala, abandonaron al hijo bajo la férula del Eclesiástico. En esto obraron opuestamente

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

con las ideas de sus compoblanos, á quienes era difícil hacer soltar soldaditos á la instrucción. ¡ Era más que calamidad privar las huertas y los corrales del cuido de la gente menuda, y á los peones, del mandadero encargado de llevar, á las nueve de la mañana y á las dos de la tarde, la limeta de café negro como el abenuz y aromoso como la flor, y el envoltorito de hojas de plátano que contenía la comida.

El discípulo colmaba los pocos esfuerzos del dómine, con asombrosa inteligencia. En cuanto pudo descifrar los caracteres de imprenta no se quedó papelucho que no leyese.

Como además de estudioso, le abonaba el ser hijo de gamonal, tenía carta blanca en la villa.

Había recogido un fárrago de periódicos viejos y rotos; hojas sueltas de desdichados libros que iban á parar á los mostradores para envolver jabón ó candelas; y otros papeles que hubiesen merecido la honra de ser enseñados á hablar por una máquina de imprimir. Dilataba el cumplimiento de los mandados por deletrear en alta voz las muestras de los tres establecimientos de Bejuco, que decían: *Pulpería, tercena y taquilla*; ó sólo : *Guarito*, con el muñeco de la copa, típico del borracho, como fondo; y la añeja estampa de un viejo risueño señalando con el índice el rótulo de un cartel que dice: *Hoy no se fía, mañana sí.*

Hizo Manuel la bella obra de traspa-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

sar sus conocimientos, en los ratos de ocio, á su hermanita menor. Así, ésta supo leer y amar la lectura; aprendió á escribir y adquirió con el tiempo regular letra y clara redacción.

Con esto, figuraos los humos que se daría nuestro pequeño, quien era de suyo orgulloso hasta el desprecio.

El cura se hacía lenguas del niño y le animaba cada vez más. Esperaba escribir, andando el tiempo, al Sr. Obispo y pedirle á su Ilustrísima favor especial para el retoño Velar. Tal vez lograría meterlo interno en el Seminario, y luégo, cuando dejase atónitos á los dómines, con sus rápidos estudios, le enviarían á Roma á estudiar teología.

A *ñor* Pantaleón le sonaba todo eso con muchas campanillas, pero no optaba por las sacras investiduras. No asemejándose así á los padres campesinos, cuya dicha sería un vestido talar en la choza, que á fuerza de rezos y sermones, ganara el cielo para toda la familia.

El criterio de *ñor* Pantaleón se debía á que él en materia de ambiciones calzaba muchos puntos. Esto desde que una vez el Presidente de la República, en visita oficial á *sus dominios*, comió en casa del campesino, muy llanamente.

A medio día de uno muy caluroso de marzo, corrió la voz de que el Jefe de la Nación llegaría en la tarde á Bejuco, lo que ya se esperaba desde algún tiempo atrás, por los apercibimientos hechos en la Jefatura. Y no fue bola la noticia. Allá

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

como á las doce y media apareció en el pueblo una cabalgata: la misma anunciada.

El Magistrado no era hombre que perdiese oportunidad de ganarse adeptos, y consecuente con esto, procuró enterarse de quién era la persona más caracterizada del lugar, después de las que á su cargo tenían la dirección del pueblo. Le indicaron á *ñor* Pantaleón y á buscarlo fue inmediatamente el muy ladino, acompañado de un edecán.

—¿Cómo está Ud., don Pantaleón? le preguntó el Presidente, tendiéndole la mano, franca, sin ceremonias ni ambages. ¿La familia....? ¿Cuántos chiquitos tiene?....Y tomó asiento frente á una ventana enrejada de madera. —Hace calorcito ¿no es verdad, don Pantaleón? Y el democrático Jefe agitaba el aire con el sombrero de camino. Sobre una mesa, cabe [illegible] un ramillete de flores silvestres colocadas en un tiesto pintado de amarillo, dormitaba un robusto gato morisco.

—¡Este gato, qué hermoso! Y así hablando se levantó para acariciar al animal, que apenas si movió la cabeza, semiabrió los ojos y quedóse echado. El Presidente hizo una pausa y moviéndose con afectación, agregó:

—¡Cómo se respira honradez en esta casa!

Pantaleón Velar, ante tal llaneza y afabilidad, estaba confundido, se deshacía en zalemas, usando un laconismo inmediato resultado de la emoción que expe-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

rimentaba y del miedo de desagradar.

Por último la nobilísima persona se expresó de esta guisa:

—Don Pantaleón—y cargó la voz en el nombre, y lo repitió para producir más efecto—Don Pantaleón, probablemente en la tarde de mañana me iré; pero no lo quisiera sin antes haber ocupado su mesa. Vendré mañana á almorzar en su honorable compañía, si le parece, con algunos de mi comitiva.

Y aquí para nos, lectora simpática, cuentan pillines, muy pillos, que profesan y viven de la baja política, que llamando el Presidente á *ñor* Pantaleón, aparte, con voz queda, le pidió unos quince pesos prestados, y que cuando volviera á palacio se le extendería un vale con una suma que no le disgustaría. Después se acercaron á la puerta de la calle y dijo el honorable visitante:

—Con que....don Pantaleón, somos muy buenos amigos, eh? Yo deseo tenerlos en gran número en su pueblo. ¿Me comprende Ud.? Así es cómo únicamente puede un gobernante volcar dichoso la urna de sus bondades en el fecundo país que rige.

No fue preciso más; el zopo de Velar quedó extático, confundido, turulato, en una actitud semejante á la que produce el terror. Creía en tales momentos que jamás había existido mandatario mejor. Felizmente, su mujer, que llegaba en tan críticos instantes, metió conversación y despidió á los personajes que habían veni-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

do á saludar á su esposo. Este, alborozado, se caló el *pita* y corrió á convidar al Cura y al Jefe Político, y á hacer compras para preparar la comilona con que había de obsequiar al primero de los empleados públicos.

¡ Qué honra para él que se figuraba un presidente, un sér privilegiado, un ente superior, extra-humano, riquísimo, de difícil acceso, omnipotente. ¡ Venirle á buscar, á él, humilde propietario ! Poco le faltó para trastornarse de pura vanidad.

Desde que *ñor* Pantaleón fue tan agasajado por el importante personaje de quien recibió visita, quiso inquirir las cuestiones públicas. ! Y cuál no fue su contento cuando supo que todo hombre puede llegar á la curul presidencial!

En cuenta esto, si el Cura esperaba sacar de Manuel un eclesiástico entendido, el tata destinábale in mente á la presidencia, ó por lo menos á un ministerio.

Un día el Párroco tuvo una larga conferencia con el viejo Velar, la cual dio por resultado, disgusto pasajero al de hábito y la partida del pequeño, con una gran maleta, rauta de Alajuela. Una vez en esta ciudad ingresó en el instituto. Depositaron los profesores halagüeñas esperanzas en él. Su aire afable y fisonomía simpática los cautivó primero; y después creció el aprecio al ver las muestras de precocidad intelectual del nuevo interno.

Años más tarde pasó á la Capital á continuar sus estudios. Operóse enton-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ces un leve cambio en Manuel, que el tiempo acentuó. Concurrieron para ello varias circunstancias: las nuevas costumbres que adquirió en la ciudad reinecilla, algo diferentes de las morigeradas que lo habían acreditado, y su carácter llevadísimo de impresiones y maleable.

Llegó Manuel á San José, en el tren, una hechicera mañana de invierno. (1) Conforme avanzaba la locomotora en la curva de la línea, parecía descorrerse mágico telón ampliando la perspectiva pintoresca. El matizado valle josefino con su tono verde predominante, que produce una sensación de salud y alegría, le sedujo presentándosele en diversas posiciones, cual si coquetease con el extasiado expectador que lo contemplaba desde el ventanillo del coche.

¡Era un conjunto tan poético! Aquellas casas, aquella balumba de techos, balcones, astas, miradores; aquella cadena de montes labrados que dicen: el campesino labora sin tregua; aquella faja de montes azul y verde ciñendo el circuito de la tranquila población, donde no parecía que existiera una sola fábrica, excepción hecha de la Nacional de Licores, cuya actividad se pintaba en el claro cielo con tumultuosas bocanadas de humo negro expulsado por el conducto fumífero.

Ya en el Liceo, Manuel estrechó relaciones con ciertos muchachos un tanto diferentes de sus antiguos camaradas.

(1)—Estación lluviosa.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Conoció muchachas bonitas de la Capital, y asistió por vez primera al teatro. Aprendió modales, á vestir como las gentes de buena sociedad: gastó chaqué y no sé si más tarde hasta guantes, frac y chistera. Tenía dinero y lo sabía gastar con esplendidez. Sus amigos le llevaron á sus casas; y también con ellos anduvo de bureo. Con este nuevo método de vida, Manuel mató en las cabezas de todos, menos en las de su parentela, las ilusorias esperanzas que su seriedad de niño obligara á concebir. Vino á ser uno de tantos estudiantes que no conocen el tejuelo de los textos, una persona vulgarísima. Volvióse lerdo de entendimiento, como antes fue precoz. Obtuvo á la postre título de Bachiller; ¡sabe Dios cómo! A pellizcos, á empujones, por la benevolencia del tribunal; más que todo, por la suerte.

A estas horas traía á examen minucioso las calaveradas y fechorías cometidas, y sintió el haber perdido tánto tiempo.

Sin embargo era aún joven y proponiéndose, algo alcanzaría. Decidióse, pues, á enfrascarse seriamente en los libros; á poner de lado la desidia para trabajar mucho. Sí, sólo así, recuperaría su fama de estudiante inteligente que tuvo al comenzar sus estudios.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

V

QUIEN á las voces que daba, salió á recibirle, fue su hermana Mercedes, una joven de diecisiete años cumplidos, de formas esculturales: llena y alta de pecho, deliciosa, torneada de hombros y brazos. Estos podían admirarse á sabor, porque cuando salió á la solana llevaba las mangas de la blusa recogidas graciosamente hasta el hombro. Tenía hermoso cabello negro como la noche y ojos color de café, chispeantes como piedras finas y tan coquetones en su prisión de rizadas pestañas, que por lucirse no permanecían quietos; tras el fulgor de su mirada, bajo el cutis limpio, pletórico, adivinábase la tensión de la apasionada y tenaz criatura. Fresca como una *pastora*, (1) ostentaba una salud y una perfección de cuerpo, reveladoras de un desarrollo sin artificios, vigoroso, como crece una planta silvestre en terreno opimo.

Agraciábanle mucho su nariz corta y perfilada, su boquita de labios delgados y rojos, y una sarta de dientes infantiles como minúsculos granos de elote, con los que regalaba la vista y el deseo de quien le mereciese una sonrisa.

Esta flor silvestre, tan bella como la

(1)—*(Poinsettia pulcherrima)*— Planta ornamental, de flores grandes, estrelladas y encarnadas como la amapola....(Gagini)

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

santalucía que esmalta y perfuma nuestros potreros, fue la que se detuvo un momento en el corredor para reconocer al recién llegado. De pronto se le arrojó en los brazos, exclamando:

—¡Caramba, si pareces un muchacho decente; no te conocía!

—Pero ¡qué guapísima estás! añadió Manuel, abriendo los brazos para recibirla. Nunca me figuré encontrar una hermana tan linda. ¡En dos años cómo te has rehermoseado!

—¡Tonto! díjole Mercedes enrojeciendo lentamente; no has entrado aún en casa y ya te estás burlando. Eso no me gusta á mí. ¿*Querés* hacer conmigo lo que con las señoritas de San José? Lo sé todo.... ¿y para qué me habían de servir tus cartas? Y ahora que las miento, allí las tengo en un cajoncito, amarradas con una cinta celeste.

—Francamente vales la pena.....Manuel la contemplaba fijo y sonriente, sorprendido de la sana hermosura de su hermamana. Rápidamente, como mariposa azul de ilusión, soñó con un partido bueno, escogido entre los que valían algo en la Capital.

Ató la bestia mular á un horcón del corredor, frente á una *canoa* en la que había un resto de caña y *guate* picados, y rodeándole á su hermana la cintura con el brazo, la empujó suavemente hácia la puerta de la sala enladrillada. Una salilla

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

sin más adorno que media docena de cromolitografías de imágenes benditas: unas sin marco, otras en marcos de lata, colgadas asimétricamente en las encaladas paredes y cubiertas de palmas del Domingo de Ramos. Sobre una mesa pegada á la pared, una urna de vidrio salvaba del polvo un *paso* (1) hecho en Guatemala, atestado de flores de papel con hojas doradas y muñequillos ordinarios de porcelana. Lo demás del menaje eran un par de bancas y unos cuantos taburetes alineados al muro; todo en el mejor orden y con la más deseable limpieza. De la cadena central colgaba un racimo pequeño de plátanos *patriotas*.

La llegada de Manuel al pueblo fue acontecimiento, y razón de más para ello la cena que después se ordenó preparar y que honrarían con su presencia los principalitos de allí, convidados por *ñor* Pantaleón.

Toda la casa andaba revuelta. ¡Si había sido una sorpresa agradable! Callandito, sin decir palabra de cuándo regresaría, pian, piano, en una mula al trote por la calle real, entra en seguida Manuel en la solana, dando voces á todo el mundo. ¡Qué dicha tenerle en casa después de tan larga ausencia! Ya se ve, pues, si había ó no, para tener jolgorio en casa de Mercedes.

Los de la familia, y algunos vecinos

(1)—Nacimiento.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que al verle pasar caballero en su mula, le reconocieron, reuniéronse en la sala de los Velar para recibirle. Era un tropel de gente que hacía sonreír gustoso á Manuel.

En el campo no hacen las gentes derroche de expansiones externadas por medio de besos y abrazos, como en las ciudades, donde quizá se traducen los afectos, cuanto más insignificantes son, más recargados de extremosidades. Los campesinos, por naturaleza, son parcos en palabras y escasos en demostraciones cariñosas. Así, es imposible tachar de fría la recepción hecha al hijo devuelto al hogar, por cuanto apenas los presentes tendiéranle la mano, tiesa; eso, si no eran las extremidades de los dedos, inexpresivos como la manera de ser de aquellas gentes en quienes el corazón arde de placer envuelto en un ropaje tosco, de nieve.

—Pero *hijoó*, decíale *ña* Ramona, su madre, contemplándole con cierta veneración y como dudando de que fuese su propio hijo aquel apuesto muchacho. Pero *hijoó*, volvió á decir, ¡qué grande estás! ¿Cuántas veces *habís enfermao*? Sólo sentía no poder estar á tu *lao pa cuidate*. ¡Si bien se me conocía, *verdá*, Mercedes? Y lo que más sentía era el pensar que te pusieran en manos de esos *inflaos* médicos, que roban envenenando. Y como saben *ler* les dan títulos. ¡Jesús hasta *onde* hemos *llegao!* Yo siempre *t'he curao* y te conozco *dende* que te tuve los males que *padecés*; por dicha *sos* muy sa-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

note y muy *juerte*, *asina mesmiticamente* que éste, dijo tocando la cabeza melenuda de Gregorio.

A Manuel se le ocurrió besar á su madre, quien lo miró con extrañeza, como si la hubiera faltado al respeto.

No necesitaba Manuel para reconocer á su madre, verla; con solo oírla la perorata anterior, que el cariño y la añeja costumbre la dictaban, hubiérale bastado para adivinarla. ¡Siempre atizando contra los médicos!

Manuel paseaba miradas benévolas por todas las personas y objetos, antiguos amigos que se alegraba de volver á ver. Sonreía con plenitud de satisfacción; no le cabía en el cuerpo la camisa al sentirse en el seno de su familia. Tenía sensible fondo y no hubiera trocado las dulzuras que experimentaba en su hogar, la enorme tranquilidad que se había poseído de todo su sér, por la gran vida alegre que había gastado con sus amigos.

Cuando la natural expansión de los allí reunidos, comenzó á aplacarse; cuando los extraños curiosos desfilaron á sus casuchas, sacó Manuel de sus alforjas, regalillos que había traído para repartir á sus padres y hermanos. Al hacer sus obsequios excluyó á Mercedes con segunda intención. Ella, por el momento no paró mientes en el hecho, analizaba muy detenidamente á su hermano. Hallábale bien parecido, y pensaba que no había hombre más interesante: el peinado de tupé, la palidez mate, los ojos oscuros y relam-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

pagueantes: el vestido, las maneras desenvueltas y talvez aristocráticas, á lo menos á ella le parecía así; y más que todo, la complaciente risilla que no se le caía de los labios desde que llegara, la tenían arrobada.

Ñor Pantaleón, saludado que hubo á su hijo, le preguntó por sus estudios. La respuesta la dio el muchacho, extrayendo de su valija un largo cilindro de hojalata, del cual sacó un papel lleno de firmas y sellos: el título de Bachiller en Ciencias y Letras.

El padre arrugó el zumbel para dar importancia al acto; se limpió las callosas manos en los pantalones de *cuero de diablo*, y tomando el testimonio entre los pulgares é índices, con extremo cuidado, remiró lleno de curiosidad aquella constancia sellada con dos ó tres sellos. Luégo se lo devolvió á su hijo pidiéndole su lectura. El viejo tosió y escupió á lo largo en el enladrillado, manifestándose orgullosamente conforme.

Todo el mundo tornó á sus quehaceres. Manuel quedó solo, poniendo en orden su equipaje. Se encontraba aplicado á esta tarea, cuando su hermana apareció en la puerta de al lado para conducirle al dormitorio que le destinaron. Cargó Manuel á un mozo con las maletas, que eran dos y estaban aún en el suelo, y siguió á Mercedes á la habitación. Una vez dentro, sacó del fondo de la valija un pantalón y lo extendió sobre la cama.

—¿Qué vas á hacer, le preguntó Mer-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cedes con vocecilla de niña mimada.

—Ya lo ves, estiro estas arrugadas ropas.

—Dame acá, eso me toca á mí, dijo la joven moviendo todo su cuerpo y pasando de un lado á otro de su hermano para coger la prenda de vestir que éste tenía.

—Nó; bonitos estaríamos que comenzase ya á hacerme el pesado.

—Es que yo reclamo mi oficio, dijo Mercedes con mil dengues. Y cómo nó, si instintivamente comprendía ella que sus gracias hechizaban á su hermano.

—Bien, si te empeñas, los dos nos ocuparemos en lo mismo. Verás qué pronto finalizamos la tarea y nos daremos gusto charlando.

Pronto terminó la faena, y se marcharon en fraternal coloquio animadísimo. Recorrieron el patio donde en un gran marco de troncos de *aguacate* y vástagos de plátano, sobre cueros, se asoleaba un par de fanegas de café. Bajaron á la quebrada, donde Chon, de cuclillas en una piedra, henchía con un *guacal* una ventruda tinaja. Cerca de un montículo, de menuda grama cubierto, Aurorita lavaba en un canasto un poco de maiz cocido con flor de ceniza. Y Joselillo, careto de tierra, todo chorreado, recibiendo los rayos plenos del sol en la hirsuta cabeza, con una cutacha desmochada y unos cuantos estacones, sudaba sacándole un ramal á la quebrada para echar á flote unas *bateítas* que había armado como balandras. Estuvieron por el jardín de se-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tos desordenados y platabandas de mal gusto, que sin embargo revelaban cultivo en un terreno naturalmente fértil.

Manuel refería á su hermana los sustos del último examen, y uno que otro de sus lances amorosos que hacían gozar á Mercedes, cuyo temperamento sanguíneo y decidido se excitaba con estos relatos.

—Pocas veces tuve un noviazgo con visos de serio. Siempre fueron los míos, aventurillas de dos y tres meses. No he dejado novia por allá.... Y se detuvo un momento como pensativo. Luégo siguió:

—Te diré la verdad aunque parezca mentira: no me interesó ninguna muchacha. No he encontrado mujer de mi gusto; y las que me hicieron vibrar levemente la fibra del querer, eran para mí uvas en agraz.

Esto último picó á Mercedes. Hallaba digna de Manuel á la más encopetada..... ¡Qué orgullo el de esas pretenciosas señoritas!

—Empero, agregó Manuel, ahora justamente creo que eso es nada....

—Adivino ya lo que vas á decir.

—Pero óyelo: tú eres tan linda, que vales tanto ó.....

—No, Manuel, no *chanciés*. Y Mercedes le tapó la boca al muchacho con el abanico de su mano abierta, que no parecía de campesina á Manuel, y no porque el sol le enturbiase los ojos.

La verdad es que los dos hermanos se habían siempre considerado mucho. Ambos habían sido educados diferentemente

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de los suyos, y sentían especial placer en hallarse completos el uno para el otro.

—¡Ah, olvidaba! Pasado mañana, ó el sábado á más tardar, tendremos aquí unos amigos míos.

—Ya lo sabíamos, ya lo sabíamos. Ayer leí, cabalmente, tu carta en la que nos lo decías. Pero....*sabés*? no apruebo eso porque....

—Tontuela, sé que toda mujer gusta de encontrar quién la admire. Si tú fueras fea.....

—¿De veras? ¡Cuánto has aprendido! Te lo decía porque te vas á llevar un chasco. Aquí nosotros no sabemos recibir á nadie. Yo, la primera, voy á morirme de vergüenza.

—Eso será el primer día, después ya te pasará; y mucho más á ti que no eres tan dejada.

Hubo un silencio en el cual sólo charlaban en lenguaje de almas, la felicidad de los hermanos. De pronto se detiene Mercedes, y poniéndose en jarras, dijo:

—¿Te acordabas siempre de mí, en el Colegio.

—Por supuesto.

—Por supuesto, sí, por supuesto! ¿Donde está la prueba; vamos á ver, que me trajiste? Nada.

—Ven conmigo, interesadilla....Y los dos entraron corriendo en la casa.

Aposentados, Manuel puso á la vista de Mercedes una caja que aromatizaba el ambiente.

—¿Qué es eso, perfume?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Por toda respuesta Manuel levantó la tapa y mostró á su hermana unos pañuelos de seda marcados con las iniciales de ella y cubiertos por un *sachet*. En seguida agregó á esto un estuche que contenía un par de zarcillos, un pomo de fino perfume y perifollos á gusto del sexo delicado. Todo expresamente para ella. La muchacha se puso loca de contento. ¡Si le había adivinado sus predilecciones: perfumes, pañuelos, alhajas, precisamente era eso lo que envidiaría toda su vida!

VI

Debido á la independencia de carácter de Mercedes, y á la manera cómo se la educó habíase creado en medio de los suyos sus fueros que todos respetaban. No parecía en genio y trato, pariente de los cónyuges Velar. Sus gustos, sus pretensiones, la poca afición á los trabajos duros no agradaban mucho á sus progenitores que de la madrugada á la noche se movían sin cesar en mil quehaceres. Mas las ambiciones, las esperanzas de la familia, toleraban esa irregularidad, que, según pensaban, habría de convertirse alguna vez en brillante posición fuente de dichas.

La diferencia era tan marcada, que Mercedes parecía flor exótica en aquella casa. Los afanes de *ñor* Pantaleón iban

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

enderezados á pulir las costumbres y á afinar los deseos de sus dos hijos, para convertirlos, con tal cultura, en un búcaro donde esperaba ver lucir un pitiminí de venturas.

Aconsejado por Manuel y dirigido por Mercedes, se ejecutó el arreglo de una cena, campestre, sí, pero apetitosa.

¡Qué cacarear de gallinas; la misma cosa que si les hubieran pregonado un fatal "trece de noviembre" que á paso de gigante se les echase encima! Todo el corral ponía el grito en el cielo como si un *tigrillo* famélico lo hubiese asaltado. Las cluecas, erizas, corrían sin rumbo, cloqueando á una cría imaginaria; los *chompipes*, asustados y muy garbosos, prorrumpían en su lengua china; los carracos huían enfilados como claudicando, sin saber qué pasaba; tras ellos seguían los gansos, muy gordos. Los pollos ronquetes, con una que otra pluma tornasolada en la incipiente cola, andaban como de costumbre, muy erguidos, luciendo la roja cresta, mirando de soslayo á diestro y siniestro con una arrogancia que era audaz en tales momentos. Tan cercana la fatal hora de algunos, y al pasar frente á pollas y gallinas, los muy tenorios, tendían nerviosamente el ala, cual abanico abierto á lo largo de la estirada pata.

Ña Ramona habíales puesto la puntería, al *tecolote*, al blanco calcetas y á dos gallinas malas ponedoras que en el cazo pagarían su esterilidad.

Elegidas las aves, se procedió á captu-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

rarlas, lo que dio oficio á la ayudante de cocina, á Goyo, el hermano mayor de Manuel, y á la misma *ña* Ramona.

Fue seria empresa aprehender las aves designadas, porque, despavoridas, se salieron del corral. Después de corretear cercos y callejones, los sentenciados cayeron en poder de sus perseguidores, cuando maltrechos, derregandos á pedradas, se detuvieron cacareando desesperadamente, desfallecidos de cansancio. Agarrados por las alas y sugetos por el pico fuertemente, los llevaron á la cocina, donde se les amarró junto al fogón mientras se les retorcía el pescuezo.

En el *molendero* preparaban un lechoncillo, adobándolo esmeradamente y discutiendo el modo de cocinarlo.

Entre tanto, con la cooperación de un muchacho, Mercedes desocupaba la mesita de la sala para añadirla á otra mayor. Ambas fueron tendidas con hermoso mantel nuevo, uno que al cuidado de la joven se tenía para cuando llegase gente de rango. Por último atavío, Mercedes puso sobre lo mesa un regordete frasco de color verde oscuro, que contuvo aceitunas, y que hacía en la actualidad de florero coronado con un ramillete de amapolas, rosas y catalinas.

Dispuesto el improvisado comedor, Mercedes se marchó á la cocina con la diligente intención de ayudar á su madre en el aderezo de la cena.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

VII

TRASPONÍA el sol los montes combando su camino de luz para hundirse en una abra, dejando en el espacio nubes colorinadas de mil ostentosas tintas. Ya una vedija rubia como un penacho de mazorca de maíz que flota en la inmensidad azul; ya un rasgón rojo como fresa; ya un tul zafiro; ya un flavo retal de nube como girón de bandera; ya una franja violada como un capelo. Y los montes, encarrujados, con las laderas cultivadas y las crestas coronadas de bosques fragosos, cual erizada melena de árboles copudos que regodeasen sus cúpulas en aquel océano multicolor, hacían á veces la ilusión de un enorme paquidermo agazapado en la tierra, oculta la cabeza y sin cola, tan solo enseñando la piel surcada de rasguños arcillosos y mostrando en los horcajos como un músculo ó hueso en forzada postura.

Al toque de oración escucháronse los gritos estridentes de una *piapia* asustada que voló de un higuerón á un naranjo, quizá en busca de abrigo para pasar la noche. El Jefe Político con su aspecto de monigote entró en el soportal. Después del *ángelus* llegó el señor Cura, quien se fue derecho á Manuel, le abrazó terriblemente y le palmo-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

teó las espaldas al mismo tiempo que le largaba un rosario de exclamaciones.

—¡Qué mocetón se ha puesto mi querido y antiguo misario! ¡Oh, Dios, cómo no hemos de alabar y bendecir tu sublime bondad, si nos le conserváis tan frondoso del cuerpo como puro del alma! Lo último lo sabía tan bien el señor Cura, como que nunca le había tenido en su confesonario.

Las mujeres hacían luz en todas las habitaciones.

Ña Luciana, la comadre, que en su luenga vida no había hecho otra cosa que descascarar al prójimo y desmenuzar honrillas, una beatona de las de cruz y golpes de pecho, llegó seguida de otras dos personas: don Lucas, un veterano del 56, ex-maestro de primera enseñanza, administrador de una valiosísima finca, y *ña* Feliciana, su mujer, sin más gracia que una trenza raquítica que traía suelta y semejaba el rabillo de un saíno.

La familia Velar, que ansiaba siempre parecer culta, se deshizo á su modo en atenciones para los invitados. De guisa que la acogida fue cordial.

Reunidas estas gentes en el corredor empedrado, hubo larga plática. Manuel hizo la delicia de sus oyentes con historias de estudiantes y chistes comedidos, puesto que su público era nada menos que todo un rebaño de cristianos con su prolijo pastor. También se trató acerca de la próxima venida de los condiscípulos de Manuel; y discutióse el traslado

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de la familia Velar á San José, donde Manuel colocaría á Mercedes como profesora, poniendo en jnego la influencia de un amigo suyo que era pariente del Ministro de Instrucción Pública.

En aquella oscuridad, rota á veces por el relampagueo fúlgido que iluminaba el horizonte, donde el contorno de los concurrentes no se destacaba claro, flotaba un vocerío confuso, procedente de una acalorada discusión. Por último dominó la opinión ahincada de Manuel entre el maremagnum de pareceres, y se avino en que la familia Velar se trasplantaría á la Capital, pasada la cogida de café y la corta en la montaña, ó más tarde, cuando Goyo hubiese sembrado unas cuantas manzanas de maíz y frijoles.

El monótono doblar de las campanas anunció las ocho de la noche. Los presentes se santiguaron y rezaron por el descanso de las benditas ánimas del Purgatorio. *Ña* Ramona apareció, toda aturdida, en el fondo negro del corredor, recortado en la penumbra su contorno por la débil claridad de una candileja que traía en una mano, mientras que con la otra se echaba sobre el hombro el harapo que le servía de delantal, y se restregaba los ojos llorosos por el humo de la cocina.

—Si sus *eselencias* gustan, señor Cura y señor *Político*, la cena será servida.

Imitando al amo de la casa, se levantaron los convidados para encaminarse al comedor donde oliscaba apetitoso cuanto

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

en la mesa había. Unos pollos nadando en salsa, dorados al horno, con los muslos gordiflones, muy tiesos, como puños amenazando las tejas. De más, tostelillos y bizcochos caseros, frijoles fritos en mantequilla con sobrada cebolla, y torta de huevos.

Antes de sentarse nadie, invitaron á *ña* Ramona á hacerlo, con requiebros del señor Cura y del Jefe Político. Mas ella alegó los chocolates, unos tamalitos de elote que aun estaban al fuego y metióse en la cocina, muy oronda al verse objeto de los chicoleos del buen pastor, alardeando de asombrosa actividad. Entonces *ñor* Pantaleón acomodó el rollo de sus carnes en un lustroso y apolillado sillón de cuero situado en la cabecera, como principal, é hizo plaza á su derecha al enmagrecido plébano, y á su izquierda al Político. Manuel y su hermana se cuidaron muy bien de quedar juntos, dejando un taburete libre, seguido de ellos, para que se sentara su madre. *Ña* Luciana y los demás se acomodaron como les plugo.

Al principio todos eran circunspección y afectados modales, pálido reflejo de una etiqueta forzada. Pero *ñor* Pantaleón, con ademán brusco empuñó trinchante y cuchillo é intentó dividir un pollo; mas no logró sino desparramar la salsa, zafar del plato el ave y pringar á los comensales que dieron un salto por librar del achiote y la manteca sus ropas de coger misa. Era la segunda vez de su vida que el

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

viejo Velar se armaba con tales instrumentos. La primera fue cuando el banquete presidencial. En la imposibilidad de manejar el cubierto, delegó sus funciones en el sumiso siervo del Altísimo, quien acuchilleó las carnes, hábil como un disector, separando en un periquete, en medio de la admiración de los comensales, muslos, alas, pescuezos y pechugas.

Cumplido el honor de la repartición, el señor Párroco, con especial cuidado se dedicó á saborear los manjares, soltando monosílabos ó mondando algún hueso con voraz apetito.

Manuel discretaba con su compañera.

Cuando *ña* Ramona se sentó en el taburete al lado de *ña* Luciana, el Cura, dando tregua á su alimentación, se repantigó en el escaño, se pasó la servilleta por los labios que aun saboreaban un trago de vino oporto y le dirigió la palabra:

—¿Y Ud., señora, muy lista para el *turno* del domingo?

—*Pus* ya nos prepararemos, padre. Le mandaré el chanchito que he *engordao* en el chiquero de abajo.

—¡Oh, será muy bien recibido! Envíeselo á la señora Luciana que está encargada de organizar esa fiesta.

—¡Ah... *ña* Luciana? exclamó la madre de Manuel, semivolviéndose: sí, ya sabía yo que estaba Ud. de turno... Tiene *pa* trabajo. La vieja aludida se *chiqueó*. Y como de costumbre entre ellas, suelta la lengua, hubo párrafo como sermón de Viernes Santo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿ Qué tal sigue su *chacalín*; le puso el *ingüento* que la di con las hojas de malva *pa* la inflamación ?

—Sí, *ña* Ramona: Dios y Vd. me la han puesto buena.

— ¡ Ah, si es que no hay como la *medecina natural*. Vea, los *cojollitos* de naranjo agrio *pa* los *niervos*; y *p'el naciu*, el *ingüento* del Padre Gregorio.

—Si en el pueblo *tuiticos* la bendecimos, *ña* Ramona, es Vd. el ángel bueno.

—No tanto, me aplico, nada más. Siempre me ha *tirao* la *medecina* y.... ¡ Agora he compuesto un medicamento que lo cura *tuitico*....!

Ña Luciana se creyó en el deber de cortarle la frase para decirla:

—Tatica Dios le conserve la vida muchos años y á nosotros con Vd. *pa* disfrutar de sus bondades. Después preguntó: —¿ De qué se compone ?

—Ya verá Vd. ¡ *Carachas*! y ese sí que cura! Es una agua que he *preparao* con *apazote* molido y apagado al aire libre, unas hojitas de *tapate* y yantén con castor. Luégo *ña* Ramona le metió la boca en la oreja á su interlocutora, sumando otra sustancia que no oímos. Sólo sí, á *ña* Luciana le brillaron los ojos como dos carbuncos, de pura satisfacción.

Mientras las dos viejas discurrían como para incorporarse en la Facultad de Medicina, largo rato hacía los hombres zarandeaban la política del país. *Ñor* Pantaleón y el Jefe Político hacíanse mieles del gabinete gubernativo, sosteniendo á

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

pie juntillas la excelencia del Gobernante y asegurando que nunca lo había tenido mejor Costa Rica, después de la Independencia, contra la opinión de Manuel y la del viejecillo Lucas—administrador de la finca de Mr. Smith americano sajón—quienes sostenían era el peor, el que de más tretas y mañas se había valido para engañar al pueblo. Porque qué era el que las arcas del tesoro se vaciasen? Eso no importaría en sí. El país vale; bien trabajado es una gran mina. Pero, señores míos, las instituciones, las leyes, la constitución conculcadas.... eso nó, no era para tolerarse; vengan las desgracias, pero haya siempre honradez, juego limpio.

—Y fíjense Vds., decía Manuel, cómo lleva tantos años de estar en el poder, reelecto siempre, como todos saben.

Metió baza el Cura y dijo:

—Es cierto. Mas cuán satisfechos debemos sentirnos. Este Presidente, en sus doce años y pico que del manejo de la cosa pública lleva, no cuenta un solo fusilamiento como abundan en el resto de Centro América; y sobre todo, siempre tan respetuoso de nuestra santa religión, liberal con nuestra santísima madre iglesia.

A lo que repuso Manuel exaltado, pues en tratándose de política, perdía la chabeta y bramaba él solo por todo el ardor político que encierran las cabezas de provincia:

—Peor que peor. (El pater se santi-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

guó para recibir el chaparrón.) Dejando aparte lo de los fusilamientos, que serían inútiles, puesto que no se defiende uno á cañonazos de las hormigas, no entiendo qué virtud haya en llenar las alcancías de los templos cristianos y arrebatar la libertad al pueblo. ¿ Que respeta la fe religiosa...? Bueno; pero que se cuide también de respetar la constitución. Nuestro pueblo debería enseñarlo con dura lección á cumplir la carta fundamental. Es una desgracia que aun estemos en un período de educación política, en el cual, de nuestra libertad, pueda disponer cualquiera. ¡ Oh, pero nuestro pueblo es tan pacífico....!

—¿ Y por qué acentúa Vd. tan desdeñosamente la palabra pacífico ? Se figura acaso Vd. que ese estado es un vicio ? Y cuál ha sido la fuente del mayor ó menor bienestar nacional de que hemos disfrutado; y no así nuestras hermanas de Centro América ?

—¡ Ay, amigo....! Hablemos tranquilamente.

—Nó, si yo no me exalto.

—Pues bien, hablemos claro que á nadie ofenderemos. Si un enfermo padece nerviosidad, bromuros le aplicarán para traerle la calma; y si el mal de otro es la pereza del clorótico, hemoglobina, buena alimentación y ejercicio serán los medios de provocar la actividad.

—Y bien, dice el Cura, qué hay con eso ?

—Que en ambos casos el hombre está

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

en extremos: no debe ser ni activo que se desgaste con propio daño, ni inmoble que se pierda por inerte.

—Muy bien; y qué, preguntó el Cura con curiosidad.

—¿Y qué? Pues Ud. no me negará, padre, la analogía de las sociedades y el sér vivo; y concretando, no deja de haber un paralelismo esencial entre un hombre y el cuerpo social. Si admite ésto, enférme una sociedad con los males apuntados y vea si se cumplen sus fines. En el primer caso, el enfermo nervioso—de una enorme actividad—exagerando su esfera de acción, se gasta de tal manera que no dejará campo para concebir, producir y menos madurar. En el el segundo caso (la inercia), la clorosis no dejaría producir por lo exiguo de la fuerza vital.

—Entendidos; adelante. Por que todavía no sé por dónde me va Ud. á salir.

—Sentado lo anterior, dígame Ud. lo que crea de nuestra paz. Porque en el cementerio la hay: los muertos no dan asonadas, no inventan máquinas, ni labran la tierra. De paz disfrutan los inválidos en su retiro, viviendo de recuerdos; y la tienen los que no ambicionan grandezas, ni cosa menor, esquivando hasta con mengua de su dignidad toda agitación que pueda dejar responsabilidad.

El viejecillo don Lucas, no bien se detuvo Manuel en el discurso, dijo:

—¡Qué bien, esa es la pura verdad! Ahí me tienen Vds. á mí, retirado, na-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

rrando á los niños mis recuerdos y sin aliento para espantar las moscas del pastel político.

Manuel, creyéndose interpretado y como le miraban á la cara, se entusiasmó; y más que ya había brindado sus copitas de aguardiente contrabando.

El Cura, no recordando que sólo él y su dialogante no eran los que allí estaban, pensó á su vez en sermonear con toda su retórica; pero el joven continuaba:

—Se ha cantado mucho nuestra proverbial paz: es necesario energía, que nos movamos.

—Parece increíble que un joven acabadito de educar en el Liceo piense en revoluciones como en la cruz de salvación.

—Hay situaciones, padre, en las que debe practicarse la máxima sajona: más vale tolerar revoltosos á quienes se puede combatir, que amos á quienes hay que doblegarse. Y doblegarse es permitir tácitamente gobierno conculcador, aunque no se esperen favores; doblegarse es no protestar, gozar de empleos, servir al amo, en fin, hasta saludarle. Además de que ciertas metamorfosis necesitan en determinado momento de una revolución, cuando la evolución ya está hecha.

—Yo sí creo, agregó el Abate, que antes de derramar sangre debe transigirse y deben esperarse mejores días.

—¡Un espíritu sano no admite la paz á precio de una servidumbre! Creo con Vd. cualquiera otra cosa; pero en mate-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ria de libertades nó, porque la libertad es la vida; y como los bienes se desean para la vida.....

—Manuel.....¿sabe qué me parece Ud. esta noche? Un clarín guerrero.

—Nunca he sido partidario de la guerra para llevar á cabo nada. Pero para conseguir la libertad, sí. Cuando la atacan, pienso que, como es vida del hombre, éste tiene derecho de defenderla con las armas. Y no es broma, señor Cura; un hombre puede no tener dinero, talento, mujer que lo ame y....vive; ¿pero un HOMBRE sin libertad podrá vivir, sólo comiendo y bebiendo como las bestias?

—Ya se ve que nó, repuso el Presbítero, necesita de la oración y de servir á Dios.

A esta respuesta Manuel se impacientó. No era eso lo que deseaba le dijesen.

—Con que Vd. ha vencido la paz en la batalla de esta noche, continuó el Cura como para terminar esta discusión.

—Compréndame, señor, no rechazo la paz; nunca. Entiendo que ella es el único camino seguro y fecundo del bienestar y progreso. Pero es una desgracia que sólo pueblos enérgicos y que han aprendido á ser libres en la escuela de la lucha contra las tiranías puedan disfrutarla. Otros hay que en la degradación únicamente la encuentran, y son como los cumplimenteros sin talento, que parecen serviles y aduladores cuando más finos se muestran. ¡Himnos al templo cerrado de Jano si sus herradas puertas han gira-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

do sobre sus goznes á impulso de honrado altivo!

—¡Caracolitos! exclamó el Párroco, si nuestro pueblo fuese un solo hombre y le oyera, se habría abalanzado sobre Vd. Pero nó....ya se ve, es pacífico....

—No confundamos la paz con la apatía para merecer el dictado de pacíficos. Declarémonos enfermos; y mientras el Pater se hacía cruces, Manuel continuó:

—Se comprende cómo pueden ser absorbidos por otras razas, pueblos á los cuales un gobernante, solo, ha constreñido á ser sus servidores. Venga la paz verdadera. Pero en todo caso "menos paz y más independencia." Aquí se detuvo como cansado de hablar. No se oía un rumor en la sala. De pronto, *ña* Luciana estiró los brazos; Goyo abrió los ojos; Mercedes suspiró y sonrió á su hermano; *ña* Ramona y los demás, excepto el Cura, iban bostezando por turno. Pero el Cura, que había comenzado la discusión sobre su credo católico y que sintió lo lejos que fue á parar el tema, rompió el silencio así:

—Convengamos por hoy en la enfermedad de nuestro pueblo y volvamos al punto de religión que estacionamos de entrada no más. Decía Vd. que la religión del pueblo debía ser.....

—El deber, interrumpió Manuel.

—Pero.....

—La instrucción pública debería ser la iglesia que todos nos empeñásemos en sos-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tener y corregir. En altar de templo tan humano debieran derramarse las liberalidades humanas.

Es decir, joven, exclamó el Exdómine al ver cómo según tal criterio se le escaparían las limosnas de la Parroquia para irse á las juntas de educación. Es decir que para Vd. sólo debe trabajarse para acá; ¿y el más allá donde ahorita nos veremos los mortales por toda la eternidad, lo abandonamos? La vida es tan corta que sólo cuando pensamos en ella la sentimos correr.

Manuel, con la petulancia de su reciente bachillerato, muy pagado de su escaso saber, contestó irónicamente:

—¡El más allá ...? y se rió. El más allá á que los hombres deben aspirar es al de la perfección.

—¡Y que todas van por ese camino que vuelan!

—Sí, señor, dichosamente es esa una ley de la naturaleza, y pese á los clérigos, sin sus ritos marchamos siempre adelante.

—Por eso tantos pueblos caen y se quedan agonizando en el polvo de sus opulencias.

—Pero su obra no ha sido vana, lo que ellos han producido otros pueblos y otras generaciones lo han aprovechado como sillares labrados para la gran construcción del saber humano. Otra cosa: el progreso no es una ola que sólo sube, también baja: ondea. De otra manera no podrá explicarse el atavismo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Entonces el de cogulla sí que se puso á reír de buena gana, por lo que su controversista disgustado, le soltó una grosería :

—En fin, señor de hábito, nosotros disentimos. Hoy se sabe más que antaño; la ciencia no anda tan despacio como creen. Ud. es ya arcaico y yo moderno.

—Mocito, ¿con que soy arcaico; recuerda Ud. quién le puso las bases de su saber ?

— ¡ Que bastante mal me han hecho ! exclamó el joven.

Ya *ña* Ramona pedía con los ojos que se pusiera término á la discusión. Goyo se había dormido sobre el respaldo de su taburete. Los otros bostezaban. Levantóse la cena con gran contento de todos....y cada mochuelo á su olivo. *Ñor* Pantaleón entendió poco de lo que se había hablado, mas por eso mismo admiraba con su mujer el ingenio colosal de su hijo. Aunque á decir verdad, si hubiera entendido, seguro que su modo de pensar hubiera estado acorde con el del misacantano. Los presentes extraños á la casa, se cosieron los labios por ignorancia unos y consideración al señor de casulla otros.

El Plébano, para ahogar santamente su rabia, bendijo interiormente, desde el umbral de la puerta, á los circustantes y recogiéndese las talares vestiduras salió exclamando :

—¡Pobres almas, se pierden, se pierden !

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

VIII

ESPLÉNDIDA la luna, como acicalado medallón de plata, surgía de los cúmulos argentonsos, circuída de un nimbo irisado, reflejando su romántico fulgor en la inmensa bóveda celeste. Los millares de ojillos titilando sus luces aumentaban la claridad que se difundía en el firmamento.

El vetusto caserón quedó sumído en el mutismo de la noche, ese silencio que encierra la íntima tristeza de los recuerdos de otra edad.

En el campo solo se oía el melancólico grito del *cuyeo*, pájaro cuyo nombre se formó imitando el ritmo de su voz; y se escuchaba el lúgubre zumbido del viento frío batiendo el tronconaje, musitando en las frondas y colándose retozón en la umbría. Allá, lejos, comenzaba leve bulla como de discreteo rumoroso; crecía el ruido; y al pasar el viento por el boscaje columpiaba calmosamente las vestidas ramas que crugían lastimeras; arrastraba las alfombras de tostadas hojas y palitroques haciéndolas subir en vórtice, á veces, arriba de las copas más encumbradas, ó arremolinándolas por el suelo con ruído de hojarasca; y por último decreciendo su furia, se retiraba para co-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

menzar de nuevo su monótona cadencia. Cuando las ramas eran sacudidas reciamente, alguna fruta, insegura en su pedúnculo, se desprendía desde el palacio aéreo que le brindara naturaleza, y al rebotar en el duro suelo, el sonido extremecía el cuerpo de algún nervioso que esperaba tras el golpe oír la voz de un *hermano*; y ya no se atrevía ni á mirar las *candelillas* que vagabundas discurrían entre los arbustos cruzándose como fosfóricas exhalaciones.

Manuel y Mercedes velaban, sentados en un tronco del patio; el cual tronco estaba destinado á dar pábulo á las llamas una vez que Goyo lo desastillase con su hacha. Los muchachos sentíanse sobrecogidos de admiración contemplando tanta belleza de la noche. ¡Con qué fruición hubieran abrazado al cielo con la luna y sus estrellas, mientras sentían las caricias de la brisa.

Una onda de aire les trajo el eco lastimero y prolongado del aullido de un mastín, después el de otro, y muy pronto, el de todos los canes que había en una legua á la redonda.

Entre las espirales de polvo del camino que el viento levantaba, al golpe de las ruedas en los guijarros interpuestos en los carriles, avanzaba un tren de carretillos que volvían descargados después de haber hecho la entrega del café en el beneficio del yanqui Mr. Smith, un práctico beneficiador. Los tardíos pero incansables bueyes tiraban pesadamente de los

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

carros, guiándose por los *cangilones* é impávidos ante los gritos de los boyeros.

El ruído del traqueteo se acercaba, y al pasar el convoy por frente al viejo caserón, aumentó su intensidad, la cual fue muriendo hasta perderse con los gritos de los carreteros, en las vueltas del camino.

Interrumpida la calma un instante por el traginar del trabajo, restablecióse el silencio nocturnal. El viento resoplaba furioso, como si fuera impulsado por enormes mejillas abohetadas.

Manuel exclamó:

—¡Qué linda noche, qué lindo el campo; qué feliz soy! La dicha que experimento al respirar en esta atmósfera, al verme junto á tí en mi hogar, francamente, Mercedes, nunca la había gozado. Tengo el pensamiento, todo mi sér, lejos de lo pequeño. ¡Si vieras qué dulce laxitud me embarga!

—¡Qué dicha: así me siento yo! Y me alegra que no eches de menos á San José. Díjole su hermana con aquella voz que era para Manuel como una caricia en el corazón; y todavía agregó: En estos instantes desea úna dar gracias á Dios porque se ama la existencia.

—Cierto, también hay que agradecerlo á nuestros viejecitos, que nos han educado de manera que podamos sentir como sentimos, gozar como gozamos. Y cambiando Manuel de tono, preguntó:

—¿Estás contenta de que hayamos decidido el viaje á la Capital?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.